

I Domingo Adviento

Jeremías 33, 14-16; 1 Tesalonicenses 3, 12- 4,2; Lucas 21, 25-28. 34-36

« *Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza* »

2 Diciembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

« *La invitación es a vigilar, a estar atentos y a salir al encuentro del Señor, que quiere entrar, este año aún más, en nuestra existencia, para darle un sentido total y salvarnos* »

La comodidad es la gran tentación del hombre. Buscamos espacios en los que descansar y ser nosotros mismos. Espacios protegidos, sin tensiones. Espacios sin exigencias externas, sin compromisos, donde no sea necesario comportarnos de una manera determinada, ni guardar las apariencias. Es la llamada zona de confort que todos tenemos. Se define como el conjunto de creencias y acciones a las que estamos acostumbrados, y que nos resultan cómodas. Aquello que está dentro de nuestra zona de confort lo podemos hacer muchas veces sin mayor problema y no nos produce una reacción emocional especial; en cambio, lo que está fuera de nuestra zona de confort nos incomoda, nos produce un cierto rechazo, nos provoca ansiedad o nerviosismo. La zona de confort tiene sus límites, fronteras que tratamos de no traspasar. Hace falta mucho valor para salir al encuentro de los hombres rompiendo las fronteras, pero es necesario hacerlo. Eso sí, nos pesa mucho la comodidad. ¿Para qué acercarnos a una persona desconocida, cuando estamos mucho más cómodos junto aquellos que nos resultan familiares? ¿Para qué plantearnos acercarnos a los que no creen si los que creen tienen su fe debilitada? ¿Para qué correr el riesgo de hacer algo que no dominamos, pudiendo salirnos mal, cuando lo que dominamos nos sale perfecto? Y nos quedamos tranquilos, protegidos por nuestras fronteras. Hacemos siempre lo mismo con las mismas personas. ¿Para qué convivir con los que piensan de forma distinta? No es fácil convivir con los que son diferentes, preferimos a los iguales, ante los cuales no necesitaremos defender nuestras posturas. Porque estamos de acuerdo. Sin embargo, ¡qué difícil vivir con tensiones! Para ello tenemos que atrevernos a dar el primer paso y superar esa zona de confort, de comodidad, que nos separa del mundo. **Tenemos que ponernos en camino hacia el encuentro con el otro. Sólo es posible si dejamos de lado nuestra seguridad.**

Hacer o no hacer, ésa parece ser hoy la cuestión; es el dilema en el que nos debatimos tratando de ver dónde hay que poner el acento en nuestra vida. Actuamos o dejamos de hacerlo, hablamos o callamos, nos ponemos en marcha o dejamos que sea Dios el que actúe. ¿Qué desea Dios? A veces querrá que actuemos, en otras ocasiones buscará nuestro silencio o nuestra inactividad. No es fácil descifrar su lenguaje. En todo caso el peligro en nuestra vida, es dejarnos llevar por el miedo a hacer cosas que pueden salir mal o no servir para nada. Leía hace poco que «*los monstruos del corazón se alimentan de la inacción. No son las derrotas los que los agrandan, sino las renunciadas*»¹. Los monstruos del corazón son los que nos hacen desesperar y mirar la vida con desánimo. Logran que permanezcamos inactivos viendo cómo la vida pasa ante nuestros ojos. Dejamos de actuar cuando parece que era necesario hacerlo, y no caminamos cuando era necesario que nos pusiéramos en camino. El tiempo es relativo, como me decía una persona hace poco. Depende del que lo padece. Un año en la vida de un anciano no es nada, en la de un niño media vida. Un día esperando una noticia importante una eternidad, pero un

¹ Massimo Gramellini, “Me deseó felices sueños”, 106

mes sin noticias, cuando nada esperamos, puede no ser tan grave. La percepción de la vida se vuelve totalmente subjetiva. Los plazos de Dios no coinciden con los nuestros y eso nos inquieta. Sus tiempos son distintos, porque Dios tiene un tiempo propio y en la eternidad nuestras preocupaciones de cada momento dejan de tener tanta importancia. Pero lo cierto es que este tiempo que la Iglesia nos regala en el Adviento es un tiempo de gracias y una invitación a actuar. No se trata de hacer cosas porque sí. No hablamos de eso. Pero no podemos empezar este tiempo sin dar un paso hacia delante. Queremos empezar a caminar hacia Belén, hacia la gruta escondida en la que Dios se hace carne. Queremos actuar, para que no se nos escapen estos días que Dios nos regala. Son días de gracia. Días de oración y recogimiento. Días de solidaridad con el que sufre, con el que padece más la crisis, con el que está más solo. Son días de conversión, porque el corazón necesita cambios. Días de alegría y esperanza, porque Cristo nace hoy. Y mientras, vivimos muy cómodos y nos conformamos con lo que hay. Por eso el Adviento nos anima a cambiar. Nos provoca, no nos deja tranquilos en nuestras seguridades. **Nos mueve a ponernos en camino. Queremos encontrarnos con ese Dios que se hace carne.**

El hombre de hoy tiene en la cabeza demasiada información y demasiados datos. Parece que lo sabe todo y accede a las noticias del mundo con mucha rapidez. Suceden muchas cosas continuamente y el corazón difícilmente digiere todo lo que pasa. El hombre tiene el corazón embotado. Vive volcado sobre el mundo, desparramando su vida sobre muchas otras vidas, sobre todo lo que acontece. Pero sólo tocando superficialmente la realidad. No profundiza, toca sólo la superficie. No se detiene, pasa de un tema a otro. Y, por lo tanto, tampoco se para a mirar su propia vida. Y así acaba viviendo la vida de los otros, porque la suya tiene poco interés. El Adviento, por el contrario, es una invitación a contemplar el paso de Dios por nuestra propia vida. Es la gran noticia. Nuestra propia vida es noticia. Hablar de Dios, es hablar de nuestro Dios, del Dios que ha venido a nuestro encuentro. Es la gran noticia. Aunque el mundo no lo sabe. Decía el Hermano Rafael Arnaiz: *«El mundo no sabe que Jesús está entre nosotros, que Jesús está en el sagrario»*. Pero, ¿cómo hacemos para contárselo? ¿Cómo señalamos a Cristo vivo en medio de este mundo enfermo? Es la misma pregunta que se hace Benedicto XVI: *« ¿Cómo hablar de Dios hoy? »* Queremos hablar de Dios al hombre que ya no lo busca. Ese hombre que no recibe esa noticia por los canales habituales. Parece que el mundo no habla de Dios. El Papa daba una respuesta clara y sencilla: *«La primera respuesta es que nosotros podemos hablar de Dios porque Dios ha hablado con nosotros. La primera condición del hablar de Dios es, por lo tanto, la escucha de lo que ha dicho el mismo Dios. Ha hablado con nosotros. Dios no es una hipótesis lejana del mundo por su origen, Dios se preocupa por nosotros, Dios nos ama, Dios ha entrado personalmente en la realidad de nuestra historia, se ha 'auto-comunicado' hasta encarnarse»*. Dios se ha comunicado con el hombre previamente y por eso podemos hablar, porque Él ha hablado antes con nosotros. Se ha abajado para hacerse carne. Ha entrado en nuestra historia de forma misteriosa y en el silencio de la noche. Su lenguaje a veces nos resulta complicado de entender. Sus gestos de amor parecen algo más claros. Sólo eso. Y, no obstante, cuesta mucho descubrirlo en la noche. Los signos de dolor que hoy vemos en el mundo nos recuerdan los signos que el profeta describe: *«Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, angustias de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y de las olas, muriéndose los hombres de terror y de ansiedad por las cosas que vendrán sobre el mundo; porque las fuerzas de los cielos serán sacudidas»*. Y nos confunden. Sentimos cómo la paz falta en muchos lugares, en muchos corazones. Hay inestabilidad por todas partes. El hombre pierde la paz. ¿Dónde se esconde Dios en este mundo convulso? **¿Cómo hablar del príncipe de la paz en medio de la guerra? ¿Del Dios que es hogar en un mundo donde no encontramos descanso?**

Dios se hace carne y quiere encontrar posada en nuestra vida. Busca en Belén y los suyos no lo acogieron. La imagen de José y María entrando en Belén y buscando posada

nos conmueve. Sólo hay una gruta sucia esperándolos. El hombre siempre busca posada. Siempre buscamos lugares en los que sentirnos en casa, arropados y amados. No siempre es posible. Hoy, como consecuencia de la crisis, muchas personas han perdido su hogar. Muchos han sido desahuciados y no tienen esa casa con la que soñaron. Caritas ha recibido en Madrid mil viviendas para acoger a familias desahuciadas. Algunas familias acogen en sus casas a los que viven sin techo. Todos estamos llamados a ser solidarios. Queremos acoger a los que viven sin descanso, sin paz. A los que no tienen espacios en los que descansar. Benedicto XVI nos dice: *«Jesús nos enseña a hacernos cargo de la debilidad del hombre para llevarlo hacia Dios. Nos pide que nuestra vida sea, como la suya, reflejo de una íntima unión con Dios»*. Podremos acoger al hombre que busca cuando nos abramos a la belleza de su vida. Con rapidez prejuizamos y rechazamos a los que no nos resultan familiares. Nos alejamos de los que nos incomodan con sus vidas, con sus inquietudes y necesidades. El Adviento y la Navidad son la ocasión para dar posada en nuestras vidas a los que más lo necesitan y llevarlos así hasta Dios. Nuestra ayuda solidaria, en lo material y en lo espiritual, es la forma como queremos vivir este tiempo de Adviento. Con nuestras puertas abiertas. **Con la alegría de poder acoger en nuestra vida al que llega buscando un lugar en el que descansar. Con el corazón abierto a Cristo.**

En esta búsqueda, en esta invitación a dejar nuestra comodidad, en esta apertura a los que buscan un hogar, queremos comenzar este Adviento. La invitación de este domingo es a vigilar, a estar atentos y a salir al encuentro del Señor, que quiere entrar, este año aún más, en nuestra existencia, para darle un sentido total y salvarnos. Dice hoy Jesús: *«Y entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria. Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza porque se acerca vuestra liberación»*. Queremos levantar la cabeza porque Dios viene a liberarnos. Cristo se hace carne para traernos la libertad anhelada. Decía el P. Kentenich: *«Toda la actividad pedagógica tiende a ayudar a que las personas lleguen a ser verdaderamente libres, dueñas de sí mismas y responsables de lo que deciden»*². La libertad es el bien soñado por el hombre. Nos sentimos atados y esclavos de nuestras propias pasiones. Soñamos una libertad verdadera, la propia de los hijos de Dios. Hoy levantamos nuestra cabeza con esperanza. Dejamos de mirar nuestro propio ombligo, nuestra preocupación más inmediata, esa necesidad que nos bloquea. Queremos alzar la mirada. Lo miramos a Él en los hombres. Lo miramos venir a nuestro encuentro a desatarnos. **Quiere quitarnos esas cadenas que no nos dejan crecer. Quiere liberarnos de los miedos que nos impiden luchar.**

Hoy encendemos la primera vela del Adviento en medio de la oscuridad. Encendemos esta luz, como aquel que enciende su lámpara para salir en la noche, al encuentro del amigo que ya viene. En esta primer semana de Adviento queremos levantarnos para esperar al Señor preparados, para recibirle con alegría, con la luz de una nueva esperanza. Muchas sombras nos envuelven en nuestra vida. Falta claridad para ver hacia dónde caminamos. Las velas del Adviento van desvelando el rumbo a seguir. Cristo es la luz verdadera. El mensaje del Adviento es siempre un mensaje de esperanza para el hombre que vive en las tinieblas. Dice hoy Jeremías: *«Mirad que días vienen en que confirmaré la buena palabra que dije a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquella sazón haré brotar para David un Germen justo, y practicará el derecho y la justicia en la tierra. En aquellos días estará a salvo Judá, y Jerusalén vivirá en seguro. Y así se la llamará: -El Señor, justicia nuestra»* Jeremías 33, 14-16. Su luz se hace fuerte en nuestra oscuridad. Falta luz en nuestra vida. Nuestro pecado es tiniebla. Falta la esperanza cuando comprobamos nuestra debilidad. Una persona me comentaba: *«En la medida que voy conociendo más mi mundo interior y mis reacciones ante lo que la vida me depara, palpo más mi pequeñez»*. En la medida en que vemos la oscuridad del alma, allí donde no sabemos cómo caminar,

² J. Kentenich, “Mi filosofía de la educación”

comprobamos que nos hace falta encender muchas velas, no una sola. Necesitamos un fuego que ilumine las sombras, que elimine la mentira, que acabe con nuestras grandes esclavitudes. La luz siembra esperanza allí donde hemos perdido las razones para seguir luchando. Decía Kurt Cobain, un cantante americano: *«Prefiero ser odiado por lo que soy que amado por lo que no soy»*. Y nosotros, sin embargo, muchas veces preferimos la mentira, la oscuridad, la noche. Nos alegra saber que no nos conocen del todo, que ignoran la verdad de nuestra vida. Queremos que haya luz en nuestra vida. Luz que dé esperanza a los que sólo ven oscuridad en tantos signos de violencia y de muerte que hay a nuestro alrededor. **Queremos que en nuestra vida brille el rostro de Dios, su luz, su esperanza.**

Por eso nos damos cuenta de la necesidad de luz que tenemos. El Adviento ha de ser un tiempo de conversión, para dejar de hacer tantas cosas que llenan el corazón de insatisfacción. Dice hoy Jesús: *«Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por la preocupaciones de la vida, y venga aquel Día de imprevisto sobre vosotros, como un lazo; porque vendrá sobre todos los que habitan toda la faz de la tierra»*. La oscuridad del pecado nos esclaviza y no nos permite avanzar. Pero, a veces pensamos, ¿necesitamos nosotros otra conversión? ¿Acaso no sentimos que hemos progresado bastante? No somos conscientes de todo lo que nos pesa en el alma. Por un lado nos sabemos hijos queridos de Dios. Pero por otro no acabamos de cambiar nuestra vida tanto como quisiéramos. En la Iglesia se habla mucho de la segunda conversión. Todos deberíamos darnos cuenta de que ser cristiano es algo más que vivir costumbres, tradiciones y hasta rutinas cristianas. Se trata de tomar una decisión muy personal de vivir una vida cristiana hasta las últimas consecuencias. Decía una monja carmelita: *«La vida del cristiano es una constante segunda conversión»*. Se trata de que nuestra vida sea una vida entregada, generosa y comprometida con los más necesitados. Se trata de poner nuestra vida en manos de Dios. Y todo ello movidos por una convicción personal. Para que esto suceda es necesaria la llamada segunda conversión. El corazón vuelve a mirar a Cristo y Cristo vuelve a nacer en nosotros. **Vuelve a cambiar nuestra vida desde sus cimientos. Vuelve a comenzar de nuevo. Nace en el silencio de la noche.**

El Señor quiere que el Adviento sea un tiempo de crecimiento en el amor. Así lo dice San Pablo: *«En cuanto a vosotros, que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos, como es nuestro amor para con vosotros. Sabéis, en efecto las instrucciones que os dimos de parte del Señor Jesús»* 1 Tesalonicenses 3, 12-4,2. Por eso iniciamos este camino **de la mano de María**. Ella nos levanta y sostiene. Su amor nos anima en la lucha por la santidad. Estamos entrañablemente unidos los unos con los otros en el corazón de María. A veces lo olvidamos. Le decía el P. Kentenich a J. Fischer, un seminarista que estaba en el frente de la guerra, en una carta que escribió en 1915: *«A través de tu luchar por la santidad en el frente haces un gran servicio a los que nos quedamos aquí. Como hijos de una gran familia de María, cada una de nuestras acciones tiene un efecto en todos los demás. Cada una de tus pruebas y triunfos morales y religiosos son sobrellevados y conquistados a favor nuestro. Rezamos, trabajamos y nos sacrificamos por ti y tú por nosotros»*³. Esta solidaridad de destinos en el corazón de María es fundamental. No caminamos solos, caminamos unidos en el corazón de nuestra Madre común. El Adviento es un tiempo de gracias en el que caminamos juntos de la mano de María. Ella nos anima a vivir anclados como hijos en el corazón de Dios. Y nos impulsa en una lucha heroica y fiel por la santidad a la que Dios nos invita. Nuestros pasos son importantes. Nuestros gestos de amor son decisivos. Cristo nace en el mundo, nace en nuestros corazones, y tenemos que preparar el alma para el encuentro personal con Jesús. **María nos ayuda a tomar conciencia de lo importante que son los pequeños pasos que vamos dando. Pasos de amor, pasos en el amor de María. Cada paso nos acerca o aleja de Dios.**

³ J. Niehaus, "Héroes de fuego", 188

En definitiva, lo que Dios quiere en este comienzo del Adviento es que estemos atentos y en vela, para que su venida no nos sorprenda: *«Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza y escapéis a todo lo que está para venir, y podáis estar en pie delante del Hijo del hombre» Lucas 21, 25-28. 34-36.* Lo cierto es que muchas veces nos despistamos, porque el mundo nos distrae de lo esencial. No sabemos el día en el que vendrá de nuevo al final de los tiempos. Así lo decía San Agustín: *«Él vendrá, lo queramos o no; el hecho de que no venga ahora no significa que no haya de venir más tarde. Vendrá, y no sabemos cuándo; pero, si nos halla preparados, en nada nos perjudica esta ignorancia».* Pero sí sabemos que dentro de unos días vuelve a hacerse carne en nuestras vidas. Por eso tenemos que estar atentos. Comentaba Oscar Wilde: *«Estar alerta, he ahí la vida; yacer en la tranquilidad, he ahí la muerte».* El mensaje es claro, optamos por la vida. Queremos abrir los ojos y despertar de un mal sueño. Recuerdo la película de Alejandro Amenábar *«Abre los ojos»*. Decía el director sobre ella: *«Imagina que un día te levantas por la mañana sales a la calle, no hay nadie, llegas a la Gran Vía de Madrid, por ejemplo, y está absolutamente vacía, estás sólo en el mundo».* En la película el sueño y la realidad se confunden. En esa confusión el protagonista vive atormentado y quiere despertar. Anhela una felicidad plena, un sueño que haga real lo que desea. Le preguntaban: *« ¿Qué es para ti la felicidad?».* Él quiere una vida en la que poder conseguir todo lo que desea. Pero al final no sabe qué vida es la verdadera. Nosotros sí queremos despertar, pero a una vida real. No a una vida de ensueño, sino a la que Dios sueña para nosotros. Queremos que nuestra vida sea verdadera. No queremos vivir un sueño enfermizo que nos quite la paz. Queremos vivir una vida auténtica. Ser nosotros mismos y no vivir la vida que otros esperan. Queremos decidir nosotros y no que otros decidan por nosotros. Como decía el protagonista de *«En Busca De La Felicidad»*: *«La gente que no logra conseguir sus sueños suele decirles a los demás que tampoco cumplirán los suyos».* Queremos que nuestros sueños se hagan vida. Permanecemos en vela. Queremos vivir la vida que desea Dios y no el sueño que nos inventamos. **Queremos vivir sin miedo y sin engañarnos a nosotros mismos.**

Por eso hoy volvemos nuestra mirada hacia el Señor. El salmo refleja nuestra actitud orante: *«A ti, Señor, levanto mi alma. Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas, haz que camine con lealtad; enséñame porque tú eres mi Dios y Salvador. El Señor es bueno y recto, y enseña el camino a los pecadores; hace caminar a los humildes con rectitud, enseña su camino a los humildes. Las sendas del Señor son misericordia y lealtad, para los que guardan su alianza y sus mandatos. El Señor se confía con sus fieles y les da a conocer su alianza» Sal 24, 4bc-5ab. 8-9.* Hoy el Señor nos pide que oremos todo el tiempo aguardando su venida. El Adviento es un tiempo intenso de oración. Queremos contemplar a Dios, a ese Dios que describe con maestría el poeta Dámaso Alonso: *«Dios es inmenso lago sin orilla salvo en un punto tierno, minúsculo, asustado, donde se ha complacido, limitándose: Yo. Yo, límite de Dios, voluntad libre por su divina voluntad. Yo, ribera de Dios, junto a sus olas grandes».* Somos ese punto minúsculo y asustado ante el que Dios se detiene hecho carne finita. Queremos orar de forma intensa y continuada a ese Dios con nosotros. Es el único camino para escuchar su voz. Decía Benedicto XVI: *«Quisiera invitaros a que escuchéis en lo profundo de vosotros mismos la llamada de Jesús a anunciar su Evangelio».* Dios habla en el silencio de nuestro corazón. Pero para ello Cristo tiene que ocupar un lugar muy importante en nuestra vida. Cuando no es así ocurre lo que comentaba San Macario: *« ¡Ay del camino por el que nadie transita y en el que no se oye ninguna voz humana!, porque se convierte en asilo de animales. ¡Ay de la casa en la que no habita su dueño! ¡Ay de la tierra privada de colono que la cultive! ¡Ay de la nave privada de piloto!, porque, embestida por las olas y tempestades del mar, acaba por naufragar».* Cristo tiene que estar en el centro de nuestra vida para poder tener paz en el alma. Cuando Él no transita por nuestro camino, cuando no está presente en nuestra casa, cuando no conduce nuestra barca, cuando no cultiva nuestra tierra, estamos perdidos. Necesitamos su presencia para que haya orden. **Necesitamos orar, permanecer continuamente en oración. Es el camino que hoy comenzamos. Un camino de oración.**